

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS Y COMPOSICIÓN Y DINÁMICA DE LAS FAMILIAS COMO UNA DE LAS DIMENSIONES DE LA VULNERABILIDAD DE LOS HOGARES EN ARGENTINA A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

Laura Golovanevsky¹

Introducción²

Avanzada ya la primera década del siglo XXI, la sociedad argentina se encuentra frente a una encrucijada: cristalizar la desigualdad, relegando a situaciones de marginalidad y exclusión a una parte importante de su población, o buscar un modelo que permita una vida digna al conjunto de sus habitantes. Subyacente a este dilema se encuentra el problema central de la distribución de recursos en una sociedad. En este marco, la vulnerabilidad aparece como una noción pertinente a la vez que relevante para tratar de aportar a la búsqueda de respuestas frente al sufrimiento de vastos sectores.

Quienes quedaban fuera del “progreso” generado por el modelo de sustitución de importaciones fueron estudiados desde las ciencias sociales a partir de la noción de marginalidad. En cambio, en la actualidad, el concepto de vulnerabilidad parece ser el más apropiado para captar y comprender el impacto transformador que el nuevo patrón de desarrollo ha provocado en el plano social. En este sentido, el presente artículo aborda cuestiones vinculados a la composición y dinámica de las familias como uno de los aspectos de la vulnerabilidad de los hogares en Argentina a comienzos del siglo XXI. Se trata de parte de una investigación mayor que se propone comprender las situaciones de riesgo que vive la población y, en algún sentido, también prever los posibles efectos futuros de

las circunstancias de pobreza que, con mayor o menor persistencia, atraviesan numerosos hogares argentinos.

El estudio de las variables de población es uno de los aspectos a considerar al analizar la vulnerabilidad social, ya que el crecimiento demográfico y la estructura etaria influirán sobre la disponibilidad, distribución y uso de los recursos de la sociedad. Puede hablarse entonces de vulnerabilidad demográfica, correspondiente a un conjunto de características demográficas de las unidades domésticas que en una sociedad moderna limitan la acumulación de recursos. Se espera que la vulnerabilidad demográfica se asocie con otras manifestaciones de desventaja social, lo que da surgimiento al concepto de vulnerabilidad sociodemográfica.

Las unidades domésticas en situación desfavorecida presentan riesgos sociodemográficos, que son eventos, procesos o rasgos que dificultan la realización de proyectos comunitarios, domésticos e individuales o coartan derechos. De esta manera, ven dificultadas o limitadas sus opciones para acceder a la posesión de activos en una sociedad moderna.

Los riesgos sociodemográficos pueden considerarse teniendo en cuenta dos dimensiones: las pautas de estructuración y el ciclo de vida de los hogares. Las pautas de estructuración, que dan lugar al nucleamiento de los hogares, también influyen sobre la vulnerabilidad, con la monoparentalidad como un factor de vulnerabilidad demográfica. Como en las etapas iniciales y en las finales de su ciclo de vida las unidades domésticas enfrentan más dificultades para su inserción o adaptación al medio, la edad del jefe de hogar también debe tenerse en cuenta al analizar la vulnerabilidad demográfica.

Los diferentes grupos socio económicos tienen distintas dinámicas demográficas. En el caso de los pobres esto incluye altas tasas de natalidad y fecundidad, localización territorial periférica, patrones reproductivos precoces e índices de dependencia más altos. Esta dinámica demográfica contribuye a la desventaja social y a la reproducción intergeneracional de la pobreza. (Rodríguez Vignoli, 2000)

Las propensiones a la vulnerabilidad varían según las conductas sociodemográficas (fecundidad alta y temprana es característica de los hogares más pobres), los rasgos sociodemográficos que caracterizan a hogares e individuos (entre ellos edad y sexo del jefe de hogar, el tamaño y la estructura demográfica del hogar: número de miembros, cantidad de niños y ancianos, tasas de dependencia) y las características demográficas de las comunidades (crecimiento y estructura, patrones de asentamiento territorial y corrientes migratorias)³. El presente trabajo se limitará a discutir los denominados rasgos sociodemográficos.

Las variables e indicadores para mostrar las condiciones de vulnerabilidad sociodemográfica son muchos y de variado alcance, y apuntan a identificar los grupos de mayor riesgo y a comprender las condiciones sociodemográficas que exponen a tales riesgos. En este trabajo se li-

mitará el análisis a los hogares y, en particular, a aquellas cuestiones vinculadas básicamente a la estructura y composición de las familias, así como a su dinámica.

Interesa conocer la dinámica de la unidad doméstica porque ésta ofrece una oportunidad para comprender mejor el impacto de los procesos extra-domésticos sobre la vida familiar. La unidad doméstica no juega un papel pasivo, puesto que a la vez que recibe influencias externas que condicionan lo que sucede dentro de ella, también genera fuerzas internas igualmente importantes para la organización doméstica, social y económica. Las unidades domésticas en general, pero particularmente las de la clase trabajadora, organizan sus recursos internos –constituidos principalmente por su fuerza de trabajo– para ajustarse a las condiciones impuestas por el mercado de trabajo, siendo que el contexto doméstico es el único que pueden controlar casi por completo. (González de la Rocha, 1986)

En este trabajo se estudiará, en primer lugar, la edad y el sexo del jefe de hogar, para hacer hincapié en aquellas situaciones que colocan a los hogares en situación de vulnerabilidad. En segundo lugar, se estudia la estructura de los hogares, su tamaño, la presencia de menores y de ancianos y las tasas de dependencia. En tercer lugar, y vinculado a lo anterior, se abordará el nucleamiento de los hogares. Para complementarlo, se analiza el ciclo de vida doméstico. Se prioriza, en la medida de lo posible, el análisis por regiones geográficas, utilizando el habitual corte en seis regiones: Metropolitana (la Ciudad de Buenos Aires y el denominado Gran Buenos Aires), Pampeana (resto de la provincia de Buenos Aires, La Pampa, Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba), Cuyo (San Juan, San Luis y Mendoza), Noroeste –NOA– (Catamarca, Jujuy, La Rioja, Salta, Santiago del Estero y Tucumán), Noreste –NEA– (Corrientes, Misiones, Formosa y Chaco) y Patagonia (Neuquén, Río Negro, Santa Cruz, Chubut y Tierra del Fuego).

Se utilizan datos de la Encuesta de Condiciones de Vida del año 2001 (ECV-2001)⁴. Si bien este relevamiento tiene la desventaja de haberse realizado en un año particularmente complejo desde el punto de vista de las condiciones socioeconómicas del país, representa una fuente de información muy valiosa debido a que indagó sobre temas que no están disponibles en otras fuentes de datos. Es por eso que se decidió trabajar con esta encuesta. Como ella no proporciona ninguna clasificación sobre tipos de familia o ciclo de vida doméstico, la misma se elaboró *a posteriori*, en base a la información que surge de la base de datos, motivo por el cual la clasificación resultante puede adolecer de algunas limitaciones, que se mencionan oportunamente.

Otra de las limitaciones que enfrentará el análisis se vincula al enfoque ahistórico de estudio, que pasa por alto las dimensiones temporales involucradas en el estudio de las familias: la evolución histórica de las formas familiares por un lado y la propia evolución de la familia por el otro. Es muy difícil de captar estas dos dimensiones por medio de la in-

formación estadística usualmente utilizada, que implica una foto en el tiempo, o a lo sumo, la comparación de dos o más situaciones estáticas en diferentes momentos. (Arriagada, 2001)

La familia

La idea de familia se encuentra íntimamente vinculada a los conceptos de unidad doméstica y de hogar, puesto que las relaciones familiares constituyen el criterio básico para la formación de hogares⁵. El sistema de parentesco es una de las vías de reproducción de las desigualdades sociales, ya que proporciona a las personas el acceso a los activos sociales, económicos y simbólicos (CEPAL, 2005). Al momento de producirse una unión, cada uno de los miembros de la pareja aporta recursos materiales (en una magnitud que depende de la situación económica previa de cada uno, de la ayuda familiar y de la acumulación realizada por ellos mismos), así como también su capital humano, capital social y capital cultural (Jelin, 1998). De esta manera, se transmiten recursos y acervos de generación en generación.

Debido a su naturaleza intergeneracional, la familia es una instancia mediadora entre la estructura social en un momento dado y en el futuro. Cuando no hay intervenciones externas, la familia tenderá a transmitir y reforzar los patrones de desigualdad existentes, por varias vías. Por un lado, la transmisión hereditaria de propiedades y riquezas, por el otro, el efecto del clima educativo familiar sobre los niños. En cualquier caso, la familia tiene un rol central en perpetuar los privilegios de algunos y en reproducir el círculo vicioso de la pobreza, a no ser que haya políticas que se propongan influir sobre esta cuestión (Jelin, 1996).

De manera paradójica, la familia es refugio y apoyo frente a las condiciones cambiantes del mundo externo, a la vez que sus propias modificaciones pueden ser fuente de inseguridad (cambios de estado civil o migraciones, entre otras). Es decir que las familias son muy vulnerables frente a las crisis, pero es a ellas a quien más se recurre como protección en esos casos (Arriagada, 2001). Es en la familia donde se definen “las dimensiones más básicas de la seguridad humana: los procesos de reproducción material y de integración social de las personas” (PNUD, 1998, p.192).

Las familias han enfrentado importantes cambios en las últimas décadas: transformaciones demográficas, aumento de hogares con jefatura femenina, crecimiento de la participación económica de las mujeres, y la emergencia, en el plano simbólico, de nuevos modelos de familia (Arriagada, 2001). Es que las tres dimensiones de la definición clásica de familia –la sexualidad, la procreación y la convivencia– han experimentado profundas transformaciones y evolucionado en direcciones divergentes, de lo que ha resultado una creciente multiplicidad de formas de familia y de convivencia (Jelin, 1998). Otras transformaciones tienen que ver con la

reducción en el tamaño medio de la familia (debido a la declinación del número de hijos y al mayor espaciamiento entre ellos), la disminución de los hogares multigeneracionales y el aumento de los unipersonales, así como también el incremento en la proporción de hogares de adultos mayores (debido a la mayor esperanza de vida de la población) y de hogares sin hijos. (Arriagada, 2001). En cualquier caso, la familia, como institución social que regula la sexualidad legítima, los patrones matrimoniales, la conyugalidad y la fecundidad está atravesada también por los patrones del divorcio y de la separación, así como por las normas de transmisión intergeneracional del capital social y económico (Jelin, 2005).

Jefatura femenina y vulnerabilidad de los hogares

Si bien no todas las mujeres solas con hijos son jefas de hogar, ya que en muchos casos conviven en hogares con otros parientes, dada la doble demanda que recae sobre ellas –como proveedoras económicas del sustento de sus hijos y como madres/trabajadoras domésticas– estos núcleos familiares son especialmente vulnerables y se encuentra sujetos a situaciones de incertidumbre y riesgo (Jelin, 1996).

Tradicionalmente se ha asociado jefatura femenina del hogar con mayores niveles de pobreza del mismo. A continuación se discute la evidencia empírica en relación a las tendencias hacia una mayor importancia de los hogares con jefa mujer en el total de hogares, y cómo esto se vincula con la vulnerabilidad de los hogares.⁶

En general en los países latinoamericanos hubo una tendencia hacia el aumento de los hogares monoparentales femeninos, resultado relacionado con el aumento de la soltería, de las separaciones y los divorcios, de las migraciones y del aumento de la esperanza de vida⁷. También influye la mayor participación económica de las mujeres, que en algunos casos les permite autonomía para constituir hogares sin pareja. El aumento de las familias monoparentales implica menor cantidad de adultos a cargo de la crianza y socialización de los niños, que son tareas crecientemente complejas en sociedades cada vez más heterogéneas. Esto usualmente implica una sobrecarga para la mujer jefa de hogar. (CEPAL, 2005).

En la Argentina, para el año 2001 casi tres cuartas partes de los hogares tienen jefe de hogar de sexo masculino (Cuadro 1). Entre las mujeres que son jefas de hogar predominan las de edades avanzadas (60 años y más); cuatro de cada diez mujeres jefas de hogar corresponden a ese grupo etario. En Región Pampeana, NOA y NEA es llamativamente alta la proporción de mujeres entre los jefes hogar de 15 a 24 años, alrededor de un tercio⁸. En NOA y NEA la jefatura femenina alcanza también valores algo más elevados que en el resto de las regiones, considerando todos los grupos etarios.

Cuadro 1
Hogares por región (%) y grupos de edad del jefe según sexo del jefe.
Año 2001.

Región / Grupos de edad	Sexo del jefe de hogar			Sexo del jefe de hogar			Sexo del jefe de hogar		
	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total
Total País									
15-24 años	71,3	28,7	100,0	3,8	4,1	3,9	2,8	1,1	3,9
25-44 años	81,2	18,8	100,0	41,7	26,2	37,5	30,5	7,1	37,5
45-59 años	74,4	25,6	100,0	31,1	28,9	30,5	22,7	7,8	30,5
60 y más	60,9	39,1	100,0	23,3	40,6	28,0	17,0	11,0	28,0
Total	73,0	27,0	100,0	100,0	100,0	100,0	73,0	27,0	100,0
Región Metropolitana									
15-24 años	76,0	24,0	100,0	3,0	2,5	2,9	2,2	0,7	2,9
25-44 años	81,0	19,0	100,0	40,3	25,4	36,3	29,4	6,9	36,3
45-59 años	74,7	25,3	100,0	31,5	28,6	30,7	22,9	7,8	30,7
60 y más	61,1	38,9	100,0	25,2	43,2	30,1	18,4	11,7	30,1
Total	72,9	27,1	100,0	100,0	100,0	100,0	72,9	27,1	100,0
Región Pampeana									
15-24 años	66,9	33,1	100,0	4,4	6,0	4,8	3,2	1,6	4,8
25-44 años	82,7	17,3	100,0	41,1	23,4	36,3	30,0	6,3	36,3
45-59 años	74,2	25,8	100,0	30,0	28,5	29,6	21,9	7,6	29,6
60 y más	61,4	38,6	100,0	24,6	42,1	29,3	18,0	11,3	29,3
Total	73,2	26,8	100,0	100,0	100,0	100,0	73,2	26,8	100,0
NOA									
15-24 años	67,2	32,8	100,0	3,9	4,8	4,1	2,8	1,4	4,1
25-44 años	78,6	21,4	100,0	43,4	29,5	39,4	31,0	8,4	39,4
45-59 años	74,2	25,8	100,0	34,5	30,0	33,2	24,7	8,6	33,2
60 y más	56,0	44,0	100,0	18,2	35,7	23,2	13,0	10,2	23,2
Total	71,4	28,6	100,0	100,0	100,0	100,0	71,4	28,6	100,0
NEA									
15-24 años	67,9	32,1	100,0	4,5	5,5	4,8	3,3	1,5	4,8
25-44 años	78,5	21,5	100,0	47,6	33,5	43,7	34,3	9,4	43,7
45-59 años	72,5	27,5	100,0	30,6	29,8	30,4	22,1	8,4	30,4
60 y más	58,6	41,4	100,0	17,2	31,2	21,1	12,4	8,7	21,1
Total	72,0	28,0	100,0	100,0	100,0	100,0	72,0	28,0	100,0
Cuyo									
15-24 años	81,2	18,8	100,0	3,6	2,5	3,3	2,7	0,6	3,3
25-44 años	83,2	16,8	100,0	38,7	23,3	34,8	29,0	5,8	34,8
45-59 años	76,8	23,2	100,0	32,8	29,5	32,0	24,5	7,4	32,0
60 y más	62,4	37,6	100,0	24,9	44,7	29,9	18,7	11,2	29,9
Total	74,9	25,1	100,0	100,0	100,0	100,0	74,9	25,1	100,0
Patagonia									
15-24 años	80,7	19,3	100,0	5,5	4,0	5,1	4,1	1,0	5,1
25-44 años	79,1	20,9	100,0	51,4	40,9	48,8	38,6	10,2	48,8
45-59 años	73,7	26,3	100,0	28,8	31,0	29,3	21,6	7,7	29,3
60 y más	63,9	36,1	100,0	14,3	24,2	16,8	10,7	6,0	16,8
Total	75,0	25,0	100,0	100,0	100,0	100,0	75,0	25,0	100,0

Fuente: microdatos de la ECV-2001

Estos rasgos son confirmados para otros países de Latinoamérica por Acosta y Solís (1998), quienes señalan que las jefas de hogar se concentran en las etapas más avanzadas del ciclo vital familiar. También encuentran que los hogares con jefa mujer prevalecen entre las familias extendidas, tienen un tamaño menor (lo que resulta explicado en parte por la ausencia de pareja masculina) y muestran mayores tasas de participación femenina en el mercado de trabajo. Estos resultados, originados en Burch, Lira y Lopes (1976), han sido confirmados por trabajos recientes

para distintos países de América Latina. De todas maneras, como señala Geldstein (1996), los hogares monoparentales con jefa mujer o las familias reconstituidas no son arreglos novedosos en los sectores populares, sino que la crisis económica ha incrementado su presencia.

Es importante destacar la heterogeneidad en las características de los hogares con jefatura femenina. Mientras que algunas jefas de hogar son viudas, otras son solteras, divorciadas o separadas. Sus hogares además se diferencian por factores tales como composición, etapa del ciclo de vida, status socioeconómico y educativo. Esto a su vez refleja un amplio rango de procesos que llevan a la jefatura femenina, incluyendo el envejecimiento demográfico, las migraciones laborales, las crecientes tasas de soltería, y el aumento en los casos de divorcio (Chant, 2002). En el mismo sentido, debe enfatizarse el hecho de que entre las mujeres jefas de hogar existe un grupo que eligió esa situación, y que está en condiciones de sostener un hogar independiente, por lo que cualquier análisis que se haga no debe olvidar esta heterogeneidad (García y Rojas, 2001).

De todas maneras, aún teniendo en cuenta el hecho de que las causas que llevan a la jefatura femenina del hogar son heterogéneas, existen algunas situaciones comunes, que pueden ser captadas estadísticamente y que llevan a estos hogares a la vulnerabilidad. La jefatura de la mujer está estrechamente asociada a la vejez, viudez y separación, siendo menos los casos vinculados a la autosuficiencia femenina. Si bien las circunstancias en las que un hogar llega a tener jefatura femenina varían entre los diferentes estratos sociales y entre los distintos grupos etarios, los elevados niveles de pobreza predominantes en la Argentina en las últimas décadas, unidos al acelerado proceso de envejecimiento poblacional, conducen a que la jefatura femenina se encuentre fuertemente asociada a la vulnerabilidad y la inestabilidad de los núcleos familiares.

Al comparar los hogares con jefatura femenina de *jure* (según lo declarado por los entrevistados) y de *facto* (según principal aporte económico al hogar), se observa que los segundos superan en número a los primeros, reflejando la invisibilidad de las mujeres en la definición tradicional de la jefatura de hogar. En particular para Argentina la diferencia era de seis puntos porcentuales en 1999. (Arriagada, 2001)

La vinculación entre jefatura femenina del hogar y pobreza se ha vuelto en la actualidad un punto de debate. Quienes apoyan la idea de una relación positiva entre hogar con jefa mujer y pobreza y una mayor vulnerabilidad de estos hogares apuntan hacia tres tipos de factores. En primer lugar, en los hogares con jefas mujeres, aunque el tamaño puede ser menor, la tasa de dependencia puede ser mayor, dándose en muchos casos la situación de que toda la responsabilidad del sostenimiento económico del hogar caiga sobre la jefa. En segundo lugar, la condición de mujer implica por lo general menos acceso a recursos productivos, y por ende menores ingresos laborales. En tercer lugar, al tener la responsabili-

dad doméstica muchas veces las mujeres jefas de hogar deben tomar empleos que les permitan cumplir su “doble jornada”, lo que suele implicar trabajos peor remunerados y/o más precarios. (Acosta y Solís, 1998)

Sin embargo, mientras que algunos estudios muestran pobreza extrema en hogares con jefa mujer, otros concluyen que la jefatura femenina no predice una probabilidad de pobreza por encima del promedio⁹. Hallazgos recientes muestran que, en términos de ingresos, los hogares encabezados por mujeres no son necesariamente los más pobres entre los pobres. Es decir, como mínimo debe admitirse que la relación entre jefatura femenina del hogar y pobreza del mismo no es sistemática. (Chant, 2002)

Se ha sugerido que los patrones de asignación de recursos dentro del hogar están a menudo mejor equilibrados en hogares con jefa mujer, y que el ingreso generado o controlado por mujeres tiende a beneficiar a otros miembros más que el generado por hombres. A pesar de una tendencia a vincular a hogares con jefa mujer a la transmisión intergeneracional de desventajas a los niños, la evidencia sugiere que los niveles de nutrición, cuidado de la salud y educación son a menudo iguales, sino mejores que en los hogares biparentales, particularmente en el caso de las hijas. (Chant, 2002)

En general, se reconoce que las jefas de hogar tienen, comparadas con los jefes, una mayor preferencia por invertir en los hijos, pero que las condiciones sociales que enfrentan estos hogares a menudo les impiden llevar a cabo estas preferencias. (Acosta y García, 1998).

A partir de entrevistas en profundidad a mujeres jefas de hogar en sectores populares en México, en base a un muestreo no probabilístico, Acosta y García (1998) encuentran que el estado civil resulta muy útil, entre otras cuestiones, para diferenciar situaciones de vulnerabilidad social. Señalan que, aún en presencia de cónyuges, muchas veces las mujeres deben asumir la responsabilidad económica de mantener el hogar, debido a situaciones de pobreza extrema, desempleo o irresponsabilidad de los cónyuges. Las mujeres que son principales proveedoras no suelen ser reconocidas como jefas de hogar en caso de existir una pareja masculina conviviente. Más aún, cuando la crisis provoca este cambio de roles, muchas relaciones conyugales entran en conflicto e inclusive se rompen por este motivo. De esta manera se pueden vincular la crisis económica, las distorsiones en el mercado de trabajo y las transformaciones en la vida familiar de los sectores populares, que dan lugar a la formación de familias no tradicionales. (Geldstein, 1996)

Tasas de dependencia demográficas y vulnerabilidad de los hogares

Cuando el hogar no tiene capacidad de movilizar recursos, en particular su fuerza de trabajo, es más vulnerable a sufrir cuadros de priva-

ción. En este sentido, mayores tasas de dependencia¹⁰ del hogar pueden constituir un indicio de vulnerabilidad de los hogares (a no ser que se asocie a elevados niveles de ingresos) puesto que implican una fuerte carga económica sobre los (usualmente escasos) miembros activos del hogar. En esos casos, la inserción laboral de éstos (generalmente determinada por su nivel de instrucción) y sus ingresos toman un rol preponderante.

Alrededor de la mitad de los hogares argentinos presenta en 2001 tasas de dependencia de hasta 50%, mientras que casi un cuarto más tiene tasas de entre 50% y 100% (Cuadro 2). Algo más de uno de cada diez hogares no tiene activos. En consecuencia, no son tan numerosos los hogares con tasas de dependencia superiores al 100%, alcanzando casi un 14% del total. En general, las mayores tasas de dependencia se asocian a jefes en edades centrales (25 a 44 años), tanto varones como mujeres, con una incidencia algo mayor entre estas últimas. La tasa de dependencia promedio es de 87.3% para los jefes de 25 a 44 años (frente a 63.2% para los jefes de hogar en su conjunto), valor que alcanza 103.4% si se restringe a jefas mujeres de ese grupo etario.

Cuadro 2
Hogares por sexo y grupos de edad del jefe según tasa de dependencia. Año 2001

Sexo del Jefe/ Grupos de edad	Tasa de dependencia						Total	Promedio
	0 a 50%	50 a 100%	100% a 150%	150% a 200%	Más de 200%	Sin activos		
Total País								
15 -24 años	78,4	16,7	2,0	2,1	0,8	-	100,0	37,9
25 -44 años	44,0	31,3	12,3	7,8	4,7	-	100,0	87,3
45 -59 años	80,6	14,2	3,2	1,6	0,5	-	100,0	31,6
60 y más	30,6	20,7	1,4	5,6	1,5	40,1	100,0	72,6
Total	52,7	22,5	6,1	5,1	2,4	11,3	100,0	63,2
Jefe Varón								
15 -24 años	79,2	16,1	2,7	1,7	0,4	-	100,0	39,2
25 -44 años	44,1	32,5	14,0	5,9	3,4	-	100,0	83,6
45 -59 años	81,3	13,2	3,8	1,3	0,5	-	100,0	31,5
60 y más	35,5	19,7	1,7	7,4	1,5	34,2	100,0	71,4
Total	55,0	22,9	7,5	4,6	1,9	8,0	100,0	62,1
Jefa Mujer								
15 -24 años	76,3	18,3	0,5	3,0	2,0	-	100,0	34,8
25 -44 años	43,1	25,8	4,9	15,9	10,3	-	100,0	103,4
45 -59 años	78,7	17,1	1,2	2,6	0,4	-	100,0	31,7
60 y más	22,9	22,4	1,0	2,9	1,5	49,3	100,0	75,0
Total	46,5	21,6	2,1	6,2	3,5	20,1	100,0	66,5
Total País								
15 -24 años	5,8	2,9	1,3	1,6	1,4	-	3,9	
25 -44 años	31,3	52,1	76,2	57,6	74,7	-	37,5	
45 -59 años	46,7	19,2	15,9	9,7	5,8	-	30,5	
60 y más	16,2	25,8	6,6	31,0	18,1	99,8	28,0	
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	
Jefe Varón								
15 -24 años	5,5	2,7	1,3	1,4	0,7	-	3,8	
25 -44 años	33,5	59,3	77,6	52,9	73,4	-	41,7	
45 -59 años	46,0	17,9	15,8	8,6	7,4	-	31,1	
60 y más	15,1	20,1	5,2	37,1	18,5	100,0	23,3	
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	

Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Jefa Mujer							
15-24 años	6,8	3,5	1,0	2,0	2,3	-	4,1
25-44 años	24,3	31,3	62,1	67,1	76,6	-	26,2
45-59 años	48,9	23,0	16,3	12,2	3,5	-	28,9
60 y más	20,0	42,1	20,5	18,7	17,6	99,5	40,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Total País							
15-24 años	3,1	0,6	0,1	0,1	0,0	-	3,9
25-44 años	16,5	11,7	4,6	2,9	1,8	-	37,5
45-59 años	24,6	4,3	1,0	0,5	0,1	-	30,5
60 y más	8,6	5,8	0,4	1,6	0,4	11,2	28,0
Total	52,7	22,5	6,1	5,1	2,4	11,3	100,0
Jefe Varón							
15-24 años	3,0	0,6	0,1	0,1	0,0	-	3,8
25-44 años	18,4	13,6	5,9	2,5	1,4	-	41,7
45-59 años	25,3	4,1	1,2	0,4	0,1	-	31,1
60 y más	8,3	4,6	0,4	1,7	0,4	8,0	23,3
Total	55,0	22,9	7,5	4,6	1,9	8,0	100,0
Jefa Mujer							
15-24 años	3,2	0,8	0,0	0,1	0,1	-	4,1
25-44 años	11,3	6,8	1,3	4,2	2,7	-	26,2
45-59 años	22,8	5,0	0,3	0,8	0,1	-	28,9
60 y más	9,3	9,1	0,4	1,2	0,6	20,0	40,6
Total	46,5	21,6	2,1	6,2	3,5	20,1	100,0

Fuente: microdatos de la ECV-2001

Los hogares sin activos corresponden casi en su totalidad a jefes de 60 años y más. Dentro de este grupo, un tercio de los jefes varones y casi la mitad de las jefas mujeres de 60 años y más encabezan hogares sin activos (Cuadro 2). Los hogares sin activos con jefe de 60 años y más representan el 8% del total de hogares encabezados por hombres y el 20% del total de aquellos liderados por mujeres. De todas maneras, en estos casos es muy frecuente la presencia de perceptores de jubilaciones o pensiones, por lo que la falta de activos no se asocia necesariamente a carencia de ingresos monetarios en el hogar.

Al analizar las tasas de dependencia según región geográfica y sexo del jefe de hogar, se observa que en NOA y NEA es mayor la incidencia de los hogares con tasas de dependencia de 150% y más, en detrimento de los hogares sin activos, comparado a lo que ocurre en el total del país (Cuadro 3). En NOA, NEA y Patagonia, los hogares con jefa mujer y con tasas de dependencia de 150% y más suman, respectivamente, 14%, 13,8% y 15,9%, frente a 9,7% en el total del país. En los tres casos, se observa claramente la mayor incidencia de jefatura femenina en hogares con elevada carga de inactivos.

Cuadro 3
Hogares por región y sexo del jefe según tasa de dependencia.
Año 2001

Región / Sexo del Jefe	Tasa de dependencia						Total	Promedio
	0 a 50%	50 a 100%	100% a 150%	150% a 200%	Más de 200%	Sin activos		
Total País								
Total	52,7	22,5	6,1	5,1	2,4	11,3	100,0	63,2
Jefe Varón	55,0	22,9	7,5	4,6	1,9	8,0	100,0	62,1
Jefa Mujer	46,5	21,6	2,1	6,2	3,5	20,1	100,0	66,5
Región Metropolitana								
Total	53,8	22,2	5,3	4,4	1,5	12,8	100,0	58,2
Jefe Varón	56,4	22,0	6,9	4,3	1,3	9,1	100,0	58,4
Jefa Mujer	46,7	22,6	1,1	4,6	2,2	22,9	100,0	57,4
Región Pampeana								
Total	52,5	22,1	5,7	4,8	2,2	12,7	100,0	62,2
Jefe Varón	55,0	23,2	7,1	4,2	1,6	8,9	100,0	60,2
Jefa Mujer	45,5	19,2	2,1	6,5	3,9	22,9	100,0	68,6
NOA								
Total	51,5	23,6	7,8	7,7	3,7	5,7	100,0	72,3
Jefe Varón	54,1	22,5	9,1	6,9	3,5	3,9	100,0	69,9
Jefa Mujer	44,9	26,4	4,5	9,8	4,2	10,2	100,0	79,8
NEA								
Total	49,7	24,7	8,4	6,5	4,4	6,3	100,0	75,8
Jefe Varón	48,7	26,6	10,4	5,7	4,0	4,6	100,0	76,1
Jefa Mujer	52,2	20,0	3,3	8,4	5,4	10,7	100,0	74,9
Cuyo								
Total	51,5	21,5	6,6	5,7	4,1	10,6	100,0	69,6
Jefe Varón	53,7	21,6	7,9	5,6	3,7	7,6	100,0	68,8
Jefa Mujer	44,9	21,3	3,0	6,0	5,1	19,6	100,0	72,3
Patagonia								
Total	53,2	25,0	7,9	5,4	3,1	5,4	100,0	68,0
Jefe Varón	54,5	25,7	9,5	4,3	1,7	4,4	100,0	64,1
Jefa Mujer	49,4	23,0	3,2	8,6	7,3	8,4	100,0	80,5

Fuente: microdatos de la ECV-2001

Mientras que las tasas de dependencia promedio para el total del país eran de 63.2%, entre los hogares con jefe de bajo nivel de instrucción (nunca asistió o primaria incompleta) superaban 74% (Cuadro 4). En el NEA, por ejemplo, con tasas de dependencia promedio de 75.8%, la tasa promedio para hogares con jefe de bajo nivel de instrucción superaba el 84%.

Cuadro 4
Tasa de dependencia promedio de los hogares (en %) por región
y sexo del jefe según nivel de instrucción máximo alcanzado
por el jefe de hogar. Año 2001

Región / Sexo del Jefe	Nivel de instrucción máximo alcanzado por el jefe de hogar								
	Nunca asistió	Prim. Inc.	Primario Comp.	Secund. Inc.	Secund. Comp.	Terc. Inc.	Terc. Comp.	Posgrado	Total
Total País									
Jefe Varón	81,5	71,8	66,8	64,7	55,2	47,1	54,9	31,6	62,1
Jefa Mujer	70,6	80,7	72,4	74,9	74,1	35,4	47,1	39,6	66,5
Total	77,1	74,1	68,1	66,6	59,9	44,1	52,5	33,6	63,2
Región Metropolitana									
Jefe Varón	77,4	67,2	66,5	61,0	49,7	45,3	49,8	20,2	58,4
Jefa Mujer	76,2	60,0	71,7	65,8	64,0	29,5	35,0	40,2	57,4
Total	76,8	65,7	67,6	61,9	53,7	41,7	44,7	26,4	58,2
Región Pampeana									
Jefe Varón	81,7	68,0	61,6	64,2	55,1	43,0	59,0	41,0	60,2
Jefa Mujer	73,4	90,6	68,0	74,4	91,5	31,0	52,1	25,1	68,6
Total	79,2	74,0	63,1	66,0	62,8	39,3	57,0	38,8	62,2
NOA									
Jefe Varón	77,8	79,6	75,5	71,0	65,7	56,2	61,1	36,7	69,9
Jefa Mujer	70,2	80,9	89,6	84,0	75,2	65,6	69,8	76,6	79,8
Total	74,8	80,0	79,2	74,0	68,2	58,5	64,0	41,6	72,6
NEA									
Jefe Varón	97,9	85,5	80,3	79,6	66,9	53,3	58,6	67,5	76,1
Jefa Mujer	66,3	98,9	70,2	87,3	66,2	42,8	53,8	100,0	74,9
Total	84,0	89,4	77,8	81,1	66,7	50,2	57,0	69,6	75,8
Cuyo									
Jefe Varón	100,7	84,9	70,7	70,9	62,8	55,4	54,7	25,7	68,8
Jefa Mujer	55,9	84,1	74,2	87,2	67,9	33,3	73,2	—	72,3
Total	80,4	84,7	71,5	73,7	63,8	50,7	60,1	21,1	69,6
Patagonia									
Jefe Varón	61,7	64,5	69,7	64,8	59,2	56,0	56,2	86,5	64,1
Jefa Mujer	51,9	83,3	77,2	97,5	84,3	60,2	65,3	48,5	80,5
Total	57,6	70,1	71,4	71,6	64,3	57,1	58,7	69,7	68,0

Fuente: microdatos de la ECV-2001

Tamaño del hogar y vulnerabilidad

La mayoría de los hogares tiene entre dos y cuatro miembros (Cuadro 5). La jefatura femenina tiene mayor incidencia en los hogares de menor tamaño: en Argentina en 2001 seis de cada diez hogares unipersonales tienen por jefa una mujer (Cuadro 5)¹¹, al igual que un tercio de los hogares de dos miembros. Entre los hogares de cuatro miembros o más, más del 80% tienen jefe varón. Si bien podría pensarse que esta diferencia entre jefes varones y jefas mujeres podría ser un factor que implique mayor vulnerabilidad entre los primeros, debido a las mayores demandas que implica sostener un hogar con más cantidad de miembros, esta interpretación debe ser relativizada por el hecho de que las tasas de dependencia son mayores en los hogares liderados por mujeres.

Cuadro 5
Hogares por tamaño según sexo del jefe. Año 2001

Cantidad de miembros	Sexo del jefe de hogar			Sexo del jefe de hogar			Sexo del jefe de hogar		
	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total	Varón	Mujer	Total
Total País									
1 miembro	39,7	60,3	100,0	7,4	30,5	13,7	5,4	8,2	13,7
2 miembros	66,8	33,2	100,0	19,3	25,9	21,0	14,1	7,0	21,0
3 miembros	74,4	25,6	100,0	19,0	17,6	18,6	13,9	4,8	18,6
4 miembros	84,4	15,6	100,0	22,0	11,0	19,1	16,1	3,0	19,1
5 miembros	87,2	12,8	100,0	15,8	6,3	13,2	11,6	1,7	13,2
6 miembros	84,9	15,1	100,0	8,2	3,9	7,0	6,0	1,1	7,0
7 miembros	83,4	16,6	100,0	3,9	2,1	3,4	2,8	0,6	3,4
8 y más	81,9	18,1	100,0	4,4	2,7	4,0	3,2	0,7	4,0
Total	73,0	27,0	100,0	100,0	100,0	100,0	73,0	27,0	100,0

Fuente: microdatos de la ECV-2001

El tamaño medio de los hogares en Argentina en 2001 es de 3.57 miembros para el total del país (se reduce a 3.42 eliminando los valores correspondientes al 5% inferior y superior de la distribución¹²), alcanzando 3.87 miembros entre los que tienen jefe varón y 2.74 miembros entre los que tienen jefa mujer (Cuadro 6). El NOA es la región con mayor tamaño promedio del hogar (4.32 miembros), seguido por NEA (4.07). En el caso del NOA, los hogares con jefe varón alcanzan un tamaño promedio de 4.54 miembros, valor que llega a 4.34 en el NEA y a 4.14 en Cuyo.

Cuadro 6
Tamaño medio de los hogares por sexo del jefe según región.
Año 2001.

Sexo del jefe / Mediana/ Media trimmed	Región						
	Metrop.	Pampeana	NOA	NEA	Cuyo	Patagonia	Total
Varón	3,77	3,68	4,54	4,34	4,14	3,98	3,87
Mujer	2,51	2,55	3,75	3,37	2,81	3,13	2,74
Total	3,43	3,38	4,32	4,07	3,80	3,77	3,57
Media trimmed (5%)	3,28	3,23	4,14	3,94	3,68	3,66	3,42

Fuente: microdatos de la ECV-2001

Los valores de tamaño medio del hogar para Argentina son bajos en relación a otros países de Latinoamérica, cuyo promedio oscilaba entre 4 y 4.5 miembros, pero son aún elevados en relación a los países desarrollados (García y Rojas, 2001). El tamaño medio de los hogares también varía según el nivel de ingresos. Por ejemplo, en el Gran Buenos Aires para 1999 el tamaño medio de los hogares del primer quintil era de 4.7 miembros, frente a un promedio de 2.6 miembros en los hogares del quinto quintil de ingreso familiar (Arriagada, 2001). Se registra una tendencia a la formación de familias cada vez más pequeñas, tendencia influenciada mayoritariamente por el crecimiento de hogares unipersonales, monoparentales y de parejas sin hijos (Wainerman y Geldstein, 1996).

Tipo de familia y vulnerabilidad de los hogares

El tipo de familia refiere a los arreglos familiares y no familiares, dentro de cada hogar, a partir de las relaciones de parentesco entre sus miembros con respecto a una persona de referencia, que es aquella considerada como jefe/a del hogar.

Siguiendo a Forni (1982) se distinguen siete tipos de familia, de acuerdo a la posición de cada uno de los miembros en el hogar y el parentesco que guardan entre sí:

- 1- *Elemental completa*: padre y madre con hijos, o sin ellos por ser incipiente.
- 2- *Elemental incompleta*: ausencia funcional o física permanente de uno de los cónyuges. La familia matrifocal es uno de los casos de familia incompleta.
- 3- *Elemental declinante*: cónyuges solos porque los hijos han abandonado la unidad doméstica.
- 4- *Individuo solo*
- 5- *Extensa*: compuestas por padres e hijos con sus familias elementales de cualquier tipo.
- 6- *Compuesta I*: conjunto de familia elemental y/o extensa con otros parientes.

7- Compuesta II: unión de familia elemental, extensa y /o compuesta con no parientes.

En el análisis empírico que sigue se utiliza la clasificación de Forni (1982), sin incluir el tipo 3 (elemental declinante) por ser imposible, a partir de la base de datos utilizada, saber si los hijos han abandonado la unidad doméstica o si se trata de parejas sin hijos, o nuevas uniones que pueden tener hijos no convivientes de alguna unión anterior.

Además, la información proveniente de las encuestas de hogares en general no permite distinguir a las familias nucleares reconstituidas, es decir, las que se forman a partir de parejas que se divorcian o se separan y constituyen nuevas uniones. Por ello, cualquier caso donde aparecen jefe y cónyuge pasa a ser considerado como familia nuclear completa¹³. De igual manera, tampoco es posible distinguir a las familias en las que alguno de sus miembros es un emigrante temporal o permanente, y que pueden aparecer como familias monoparentales (CEPAL, 2005).¹⁴

Al tener en cuenta el tipo de familia en Argentina en el año 2001, con las limitaciones señaladas, se observa que algo más de la mitad de los hogares responden al modelo de familia elemental completa, 10.5% a elemental incompleta, 13.7% a individuo solo, 12.7% a familia extensa, 5.7% a compuesta tipo I y 1.8% a compuesta tipo II (Cuadro 7). Es decir, la familia nuclear sigue siendo la forma de organización prevaleciente, mientras que los individuos solos ocupan un impactante segundo lugar.

Cuadro 7
Hogares (%) por tipo de familia según sexo y grupo de edad del jefe.
Año 2001.

Tipo de familia	Distr. %	Sexo del jefe			Grupo de edad del jefe				
		Varón	Mujer	Total	15-24	25-44	45-59	60 y +	Total
Elemental completa	55,7%	95,7%	4,3%	100%	3,2%	45,5%	30,5%	20,8%	100%
Elem. incompleta	10,5	14,2	85,8	100	1,6	35,5	37,2	25,7	100
Individuo solo	13,7	39,7	60,3	100	5,4	19,4	20,1	54,9	100
Extensa	12,7	66,7	33,3	100	0,5	21,5	43,6	34,4	100
Compuesta I	5,7	58,8	41,2	100	12,2	41,6	19,6	26,6	100
Compuesta II	1,8	54,9	45,1	100	24,7	40,5	15,5	19,3	100
Total	100	73,0	27,0	100	3,9	37,5	30,5	28,0	100

Fuente: microdatos de la ECV-2001

Tanto el envejecimiento de la población como la reducción de la fecundidad dan lugar a un cambio en la importancia de los distintos tipos de familia. El mayor peso de los hogares nucleares y extensos se va desplazando hacia los unipersonales y compuestos. La creciente proporción de personas adultas y ancianas en la población implica una disminución de los hogares jóvenes y un aumento de los hogares de personas mayores y con ellas. Mientras que hasta hace algunas décadas era costumbre que el/la anciano/a viudo/a conviviera con alguno de sus hijos/as y la familia

de este/a último/a, conformando hogares de tres generaciones (extensos), este patrón ha sido reemplazado por otras formas, siendo más habitual encontrar parejas de ancianos que viven solos, hogares unipersonales y hogares no nucleares (por ejemplo, hermanas ancianas viviendo juntas). (Jelin, 1996)

Debe tenerse en cuenta que las diferentes formas de vivir en familia se vinculan de manera estrecha con los ingresos de la población. La vida cotidiana en familia se corresponde con la población de menores ingresos, mientras que entre quienes tienen más recursos económicos se expresa con mayor frecuencia la tendencia a la individuación. (Wainerman y Geldstein, 1996)

De todas maneras, la familia nuclear sigue siendo la forma de coresidencia más generalizada. Esta tendencia hacia la nuclearización resulta una expresión más de la individuación, privilegiando la independencia respecto de los mayores y la privacidad. Paralelamente al proceso de individuación, la tendencia hacia la familia nuclear también se asocia a la creciente urbanización, la reducción en el tamaño de las viviendas y el relajamiento de las tradiciones familiares de responsabilidades recíprocas entre parientes (especialmente en cuanto a la protección de los niños huérfanos, las mujeres solas y los ancianos). (Wainerman y Geldstein, 1996)

El reducido porcentaje de hogares elementales incompletos induce a pensar que cuando la mujer queda a cargo del hogar probablemente opte por vivir con sus padres, o con otros familiares, engrosando de este modo el grupo de las familias extensas o compuestas tipo I. Esta estrategia le permitiría garantizar el cuidado de sus hijos si sale a trabajar, o la supervivencia si fuera desocupada o inactiva. (Sala, Golovanevsky y Ramírez, 2000)

Alrededor de 95% de las familias elementales completas declara como jefe a un varón, y algo más de 85% de las elementales incompletas tiene como jefa una mujer (Cuadro 7). Las mujeres encabezan seis de cada diez hogares unipersonales, como ya se mencionó. En las familias extensas, dos terceras partes de los jefes son varones, mientras que también son de sexo masculino algo más de la mitad de los jefes en las familias compuestas (I y II).

En general, las uniones consensuales son más frecuentes entre los grupos más pobres. En cambio, los divorcios son más frecuentes entre los grupos de mayores ingresos. Si bien existe una tendencia a la disminución del matrimonio legal como forma de unión, esto no debe interpretarse como un indicio de que la familia tiende a desaparecer, sino que las relaciones conyugales subsisten pero se basan crecientemente en uniones de hecho, que suelen implicar menor formalidad y estabilidad del vínculo (Wainerman y Geldstein, 1996). La fragilidad de las uniones conspira contra la acumulación de capital social, puesto que la inestabilidad impide desarrollar vínculos íntimos con la familia política, y de esta forma no permite ampliar la red de manera consistente. Además, entre los hogares más

desfavorecidos son escasas las probabilidades de transferencia de activos mediante instituciones como el matrimonio, pues las parejas suelen tener un acervo similar de activos (Villa y Rodríguez Vignoli, 2002). En muchos casos, es la propia inseguridad económica la que dificulta la estabilidad de los vínculos, al obligar a una búsqueda permanente de medios de supervivencia, que puede implicar mudanzas o separaciones familiares, a la vez que este tipo de situaciones angustiantes sin duda genera malestar dentro de las uniones.

El diferimiento de la primera unión, la mayor incidencia de la cohabitación y de la procreación fuera del matrimonio, así como un aumento en la disolución de uniones y en la importancia de las familias reconstituidas (o ensambladas) son parte de las características de la denominada segunda transición demográfica. En Argentina, la edad a la que tiene lugar la primera unión, si bien no es excesivamente baja (23 años) en relación a otros países latinoamericanos, se ha mantenido estable por más de veinte años. Por lo que la postergación de la primera unión, como rasgo de transición demográfica, no puede afirmarse. La unión (legal o consensual) continúa siendo una alternativa fundamental en las vidas de hombres y mujeres, aún en el contexto de otros cambios demográficos y socioeconómicos, aunque debe reconocerse que existen diferencias entre sectores sociales y también entre áreas urbanas y rurales. En general, patrones de uniones más tempranas corresponden a sectores sociales más pobres, tanto en ámbitos urbanos como rurales, y a aquellos con menores logros educativos. (García y Rojas, 2001)

Las uniones consensuales tienden a ser más inestables que las legales. En Argentina el porcentaje de uniones consensuales creció de 7% en 1960 a 18% en 1991. Para la ciudad de Buenos Aires, el crecimiento fue aún más espectacular: de 1.5% de las uniones en 1960 al 21% en 2001. Esto conjuga dos tendencias dinámicas, con diferentes raíces. Por un lado, el patrón histórico de uniones consensuales en sectores pobres, en general acompañado de iniciación sexual temprana y embarazos adolescentes, que tiende a reproducir patrones de responsabilidad materna hacia los hijos y escasa responsabilidad paterna. Por otro lado, se expande notoriamente la unión consensual como expresión de libertad personal e individuación, a veces como parte de compromisos limitados, o como manifestación de la intención de establecer compromisos personalizados íntimos sin necesidad de ligaduras burocráticas o formales. En ambos casos, la manifestación evidente es una baja en la tasa de nupcialidad y un aumento en la edad promedio al contraer matrimonio (Jelin, 2005). El acceso de la mujer a mayores niveles de educación formal conlleva cambios en las pautas maritales y reproductivas. Las mujeres con mayores niveles de educación postergan por más años su casamiento, tienen mayores tasas de soltería, posponen la maternidad, tienen menos hijos más tardíamente en sus vidas o directamente no los tienen. (Wainerman y Geldstein, 1996)

Una de las variables que marca la diferencia entre familias nucleares pertenecientes a los quintiles más pobres y a los más ricos es el número de hijos. Aunque la causalidad es ambigua: ¿el hogar es más pobre por tener más hijos, o la mayor pobreza lleva a tener más hijos? Lo que es innegable es la correlación entre ingresos del hogar y estructura familiar, encontrándose en los hogares más pobres mayor número de hijos dependientes y menor número de aportantes. (Arriagada, 2001)

Las familias extensas y compuestas tienen también su importancia, a diferencia de los que ocurre en países desarrollados. Esto, que puede considerarse como un rasgo distintivo del sistema familiar en América Latina (García y Rojas, 2001), suele responder a una estrategia de los grupos más pobres que permite resolver varias cuestiones de manera simultánea. Por un lado, la carencia de vivienda y el alto costo de su mantenimiento en zonas urbanas, particularmente para las uniones incipientes, puede solucionarse al compartir los gastos entre más miembros, a la vez que es común que las generaciones anteriores ya hayan resuelto el problema de la vivienda y puedan compartirla¹⁵. Por otro lado, los hogares extensos permiten tener un mayor número de aportantes (al menos potencialmente), así como también ampliar la escala de las compras. Esta estrategia de agrupamiento permite también disponer de ayuda doméstica para el cuidado de niños, enfermos y ancianos, liberando al menos a algunas mujeres de estas tareas para que puedan desempeñar alguna ocupación remunerada fuera del hogar.

Los hogares extendidos continúan siendo un fenómeno importante, aún dentro de una tendencia generalizada hacia la nuclearización. Si bien están presentes en general en los grupos de menores ingresos, estos arreglos parecen ser capaces de evitar que el hogar caiga en situaciones de extrema pobreza¹⁶ (García y Rojas, 2001). Para el conjunto de los países latinoamericanos, la constitución de familias extensas y compuestas ha mostrado ser una estrategia familiar de supervivencia, un mecanismo adecuado para incrementar los recursos económicos de que dispone el hogar (CEPAL, 2005).

Ciclo de vida doméstico y vulnerabilidad de los hogares

El ciclo de vida doméstico se refiere a las diversas fases o etapas por las que suelen pasar los arreglos familiares, desde la constitución de un núcleo inicial (pareja con o sin hijos), pasando por su crecimiento hasta la disolución de dicho núcleo o su dispersión en nuevos núcleos y arreglos familiares. Se sigue a González de la Rocha (1986), quien menciona tres fases en el ciclo de vida doméstico, que no son unilineales ni están claramente separadas entre sí: expansión, consolidación y dispersión.¹⁷

La fase de expansión incluye el período durante el cual se forma la unidad doméstica y se produce el incremento de sus miembros. La fase de

dispersión se inicia cuando los miembros del hogar se separan para organizar sus propias unidades domésticas o están aptos para ello. Ambas fases son vistas como épocas de desequilibrio en el presupuesto de las familias, porque el número de consumidores supera al de aportantes. Por lo tanto, las familias en esas condiciones serían más vulnerables. El aspecto más relevante de la fase de consolidación o equilibrio es la capacidad de la unidad de volverse económicamente más estable, ya que algunos de los hijos están en condiciones de participar en la economía doméstica, aportando ingresos o como trabajadores domésticos.

Forni (1982) también propone una clasificación de las unidades domésticas conforme a la etapa del ciclo doméstico que atraviesan que, a diferencia de la clasificación de González de la Rocha (1986), enfatiza más el aspecto biológico del desarrollo familiar, porque toma indicadores vinculados a la posibilidad de procrear. Mientras que la clasificación propuesta por Forni (1982) es más exhaustiva y más detallada en lo que respecta a la búsqueda de indicadores, no puede dejar de reconocerse la importancia de la perspectiva económica del ciclo de vida familiar que presenta la clasificación de González de la Rocha (1986). Por ello, se intentará aplicar a la categorización de Forni (1982) las consideraciones planteadas por esta autora. Entonces, se distinguen seis etapas en la vida de las familias analizadas. Dos de ellas pertenecen a la fase de expansión y cuatro a la de dispersión.

A. Fase de expansión: se extiende desde la unión de la pareja hasta que finaliza la vida fértil de la mujer (que se considerará ocurre a los 50 años). Incluye a:

- 1- Los *núcleos recientemente constituidos* sin hijos y con mujer menor de 50 años.
- 2- Los *núcleos completos* (ambos cónyuges presentes) con mujer no mayor de 50 años, y sin hijos varones de 16 años o más, o hijas mujeres de 14 años o más. Esta especificación respecto a las edades de los hijos se relaciona con que a partir de esas edades se los considera potencialmente aptos para casarse o migrar.

B. Fase de dispersión: Incluye a:

- 3- Los núcleos completos en dispersión: ambos cónyuges presentes, con mujer menor de 50 años y al menos un hijo varón de 16 años o más o una hija mujer de 14 años o más, o bien aquéllos núcleos completos con mujer mayor de 50 años.
- 4- Reemplazo: núcleos completos (ambos cónyuges presentes) con mujer mayor de 50 años, en los que todos los hijos han migrado o se han casado.

5- Reemplazo con crianza: características idénticas a los núcleos en etapa de reemplazo, pero que incluyen a nietos a cargo de los abuelos, sin presencia de los padres.

6- Núcleos que se dispersaron o desintegraron sin llegar a completar el ciclo doméstico, como por ejemplo los núcleos incompletos por migración o muerte de alguno de los cónyuges.

Una de las desventajas de la clasificación de ciclo de vida doméstico es que sólo tiene en cuenta la experiencia de la familia nuclear, agrupando el resto de los casos en la última categoría (núcleos que se dispersaron o desintegraron), por lo que no permite un análisis apropiado de los hogares que pertenecen este último grupo.

Al considerar el ciclo de vida doméstico en la Argentina para el año 2001, casi 29% corresponde a núcleos completos en fase de dispersión (con presencia mayoritaria de jefes de entre 25 y 44 años de edad), prácticamente una cuarta parte son núcleos completos en fase de expansión, y algo menos del 10% se encuentra en fase de reemplazo (con más de 80% de jefes de 60 años y más). Una tercera parte corresponde a núcleos que se dispersaron, donde la jefatura femenina alcanza a siete de cada diez de ellos (Cuadro 8). El reemplazo con crianza tiene una incidencia muy baja en el total de hogares, inferior al 1%.

Cuadro 8
Hogares (%) por etapa del ciclo de vida doméstico según sexo y grupo de edad del jefe. Año 2001.

Ciclo de vida doméstico	Distr. %	Sexo del jefe			Grupo de edad del jefe				
		Varón	Mujer	Total	15-24	25-44	45-59	60 y +	Total
Núcleos recientes en fase de expansión	4,2	93,6	6,4	100	12,6	60,2	22,8	4,5	100
Núcleos completos en fase de expansión	23,7	96,6	3,4	100	6,1	82,0	11,4	0,5	100
Núcleos completos em dispersión	28,5	94,9	5,1	100	0,0	23,9	55,9	20,2	100
Reemplazo (fase dispersión)	9,5	94,8	5,2	100	–	0,5	17,4	82,1	100
Reemplazo con crianza (fase dispersión)	0,5	95,0	5,0	100	–	2,9	21,6	75,4	100
Núcleos que se Dispersaron	33,5	28,6	71,4	100	5,7	25,9	27,4	41,0	100
Total	100	73,0	27,0	100	3,9	37,5	30,5	28,0	100

Fuente: microdatos de la ECV-2001

En los núcleos más recientes la incidencia de las uniones de hecho es más alta que entre los núcleos en dispersión, que en general corresponden a parejas de mayor edad. Esto estaría reflejando entonces el cam-

bio en las pautas de conformación de hogares, con una reducción en la importancia de las uniones legales en las generaciones más jóvenes.

Debido a que en los sectores de menores recursos las parejas tienen más hijos y no suelen postergar los nacimientos, entre estos grupos casi no hay parejas jóvenes sin hijos. En realidad, muchas de las uniones en estos casos se originan en un embarazo o en un nacimiento¹⁸. Así, en los estratos de ingresos más bajos hay más familias nucleares y más familias con hijos de corta edad. (Wainerman y Geldstein, 1996)

Si bien hay relación entre la pobreza y la conformación del grupo doméstico, ésta no es lineal. Resulta mediatizada por la tasa de dependencia, la que a su vez está ligada a la etapa del ciclo de vida doméstico. Entonces, en un mismo estrato social, son los hogares jóvenes y los de ancianos los que tienen mayor número de dependientes y menor capacidad de generar ingresos múltiples. En el caso de núcleos consolidados, con hijos que ya han crecido y pueden incorporarse a la fuerza de trabajo, existe mayor capacidad de generar ingresos. Así, la noción de ciclo de vida doméstico ayuda a entender cuáles son los hogares con más probabilidades de salir de la pobreza en épocas de bonanza, o de resistir mejor en momentos de crisis económicas. (Jelin, 1998)

Existen algunas estrategias particulares que pueden modificar el ciclo doméstico. La formación de familias extensas es una de ellas, como ya se mencionó con anterioridad. Al incorporar nuevos miembros por medio del matrimonio de los hijos adultos, que continúan viviendo en el hogar paterno, no se pierde un trabajador sino que se gana otro, y al mismo tiempo, se ayuda a la nueva pareja a vencer las dificultades que implica instalar una casa. En estos casos, la familia aplaza su fase de dispersión. (González de la Rocha, 1986)

Entre 1990 y 2002 se observa un aumento en la proporción de familias en etapas de consolidación y dispersión, que se explica por el envejecimiento poblacional. Argentina registra una de las mayores proporciones de hogares en esta situación entre los países latinoamericanos, con 25% de familias en etapa de salida de los hijos y 13% de parejas mayores sin hijos, según datos del año 2002 para el total urbano. (CEPAL, 2005)

Conclusiones

En Argentina para el año 2001 sigue prevaleciendo el modelo de hogar con jefatura masculina, aunque puede discutirse este resultado debido al sesgo de género presente en el relevamiento mismo de la información. Las mujeres predominan como jefas de hogar en edades avanzadas, aunque en algunas regiones, particularmente las más postergadas, como NOA y NEA, es llamativamente alta la proporción de mujeres jefas en el grupo de 15 a 24 años y, en general, en todos los grupos etarios.

Aunque, como se ha visto, la asociación entre jefatura femenina y pobreza dista de ser lineal, cuando la monoparentalidad se asocia a bajos niveles de instrucción y mercados de trabajo con predominio de inserciones precarias, como es el caso de NOA y NEA, puede esperarse que la acumulación de desventajas genere mayor vulnerabilidad.

En general, las mayores tasas de dependencia se asocian a jefes en edades centrales, tanto varones como mujeres, aunque con una incidencia algo mayor entre estas últimas. En los hogares con jefa mujer de 25 a 44 años la tasa de dependencia promedio alcanza 103.4%, es decir, igual cantidad de activos que de dependientes, lo que asociado a las tasas de desocupación, a los niveles de precariedad laboral y a los bajos ingresos configura situaciones de elevado riesgo. El cuadro es más grave si se tiene en cuenta que en NOA, NEA y Patagonia, los hogares con jefa mujer y con tasas de dependencia de 150% y más representan alrededor del 15%, frente a 9.7% en el total del país.

La jefatura femenina tiene mayor incidencia en los hogares de menor tamaño. Por otro lado, el tamaño medio de los hogares es particularmente elevado en NOA y NEA. En general, los jefes con bajo nivel de instrucción lideran hogares de mayor tamaño que sus pares con niveles de instrucción más elevados.

Tanto el tipo de familia como el ciclo de vida doméstico se vinculan a patrones demográficos y socioculturales, tales como la nupcialidad, la fecundidad, la mortalidad, prácticas culturales de convivencia o cohabitación, y a las condiciones materiales de vida y el nivel socioeconómico de los miembros del hogar o de la familia. Ambos conceptos, tipo de familia y ciclo de vida doméstico, permiten identificar hogares en mayores condiciones de vulnerabilidad, con mayor riesgo de exclusión social y que pueden facilitar la reproducción intergeneracional de la pobreza.

Prevalece el modelo de familia nuclear, mientras que los arreglos más complejos (como familias extensas y compuestas tipo I) corresponden a uno de cada cinco hogares. También es elevada la proporción de hogares unipersonales, la mayoría de ellos con jefatura femenina, como muestra de la mayor soledad matrimonial en este grupo a medida que crece su edad.

Pese a la tendencia al crecimiento de las uniones consensuales por sobre el matrimonio legal, éste aún está presente en casi ocho de cada diez familias elementales completas. Las familias extensas, por su parte, suelen corresponder a arreglos domésticos de sectores populares, para amortiguar los gastos de una vivienda urbana, obtener economías de escala al compartir consumos y garantizar el trabajo doméstico a partir de la mayor presencia femenina en el hogar.

Los núcleos completos en expansión, por lo general los más vulnerables en términos del desequilibrio entre consumidores y generadores de ingresos, corresponden a una cuarta parte del total de hogares. En

estos casos, una mayor presencia de uniones consensuales agrega a esta vulnerabilidad las desventajas de la inestabilidad que suele caracterizar a este tipo de uniones. Los núcleos completos en expansión se concentran en los dos quintiles más bajos de la distribución del ingreso, en mayor proporción que en el conjunto de los hogares.

Las familias han debido enfrentar circunstancias adversas en las últimas décadas, pero particularmente en los últimos años, en Argentina. Cuando sus propios recursos han sido insuficientes para mantener a sus miembros, han encontrado en primer lugar respuestas colectivas, vinculadas a las redes informales de ayuda. Debido a que la magnitud de la crisis superó en algún momento las posibilidades de algunas redes, se presentaron diferentes salidas. Una fue la disolución de los hogares, con cada individuo intentando resolver su propia supervivencia, como podría ser algunos casos de chicos de la calle o personas sin techo. Otra salida fue la colectivización del consumo, vía ollas populares, comedores comunitarios, cooperativas de consumo (tres casos que implican, en definitiva, crear nuevas redes o ampliar las existentes) o programas de distribución de alimentos. En cualquier caso, como señala Jelin (1998, p. 104), “el hogar en su sentido literal, el fuego común que da calor y permite preparar la comida familiar, va perdiendo su lugar cuando no hay olla ni fuego, y los chicos van a comer al comedor comunitario”.

En tiempos de crisis, las familias y los hogares muestran una suerte de retroalimentación con el mundo exterior: contienen y dan refugio, a la vez que modifican sus comportamientos para sobrevivir y dar respuesta a los desafíos del medio. Debe reconocerse entonces que las unidades domésticas cumplen en la mayoría de los casos el rol de asegurar la supervivencia en un entorno difícil. Sería tarea de las políticas públicas sacar provecho de sus potencialidades y reforzar aquellos aspectos que permitirían reducir la vulnerabilidad de los hogares y mejorar las condiciones de vida de sus miembros.

Notas

¹ CONICET y Facultad de Ciencias Económicas (Universidad Nacional de Jujuy), lauragolo@arnet.com.ar

² Este trabajo resume parte de los resultados alcanzados en uno de los capítulos de mi tesis de doctorado (véase Golovanevsky, 2007).

³ Al respecto puede verse, por ejemplo, Busso (2002).

⁴ La ECV-2001 fue realizada por el Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales (SIEMPRO), en base a una muestra de alrededor de 26.000 viviendas urbanas de todo el país. En cada vivienda seleccionada, se identificaron los hogares que la ocupaban y se recabaron datos de la vivienda, de los hogares y de sus miembros. El universo de la muestra abarca a la población residente en localidades de 5.000 o más habitantes. La misma representa aproximadamente el

96 por ciento de la población urbana del país, y el 84 por ciento de la población total. El total de unidades primarias que componen el marco es de 109 centros urbanos de un total de 419 del universo muestreado. De estos últimos, 36 fueron incorporados con probabilidad uno, o certeza de selección. Dichas localidades, que están por lo tanto “autorrepresentadas”, comprenden a cada uno de los centros urbanos con más de 100.000 habitantes, más algunos de tamaño intermedio en algunas regiones con menor concentración de población. Las restantes localidades fueron estratificadas y seleccionadas por procedimientos aleatorios

⁵ Dado que la información censal y de encuestas está normalmente basada en hogares, hay una tendencia a identificar a la familia con el hogar. Pero no son conceptos idénticos. Si bien para muchos objetivos ligados a la vida cotidiana, como la alimentación y el abrigo, los hogares pueden ser las unidades de análisis apropiadas, la dinámica de los vínculos familiares y de parentesco no podrá ser analizada cabalmente con información basada en hogares. (Jelin, 2005).

⁶ Usualmente en los censos y las encuestas de hogares se considera jefe de hogar a la persona reconocida como tal por los demás miembros del mismo, sin tener demasiado en cuenta el proceso real de toma de decisiones dentro del hogar o los aportes económicos a éste. No se acepta la jefatura compartida en esta definición. Esto implica un sesgo de género, puesto que existiendo núcleo conyugal compuesto por hombre y mujer, se considera jefe al hombre. Sólo cuando no existe cónyuge, la mujer figura como jefa de hogar. De esta manera, la definición de jefe responde a expectativas culturales y está imbuida de las normas sociales que determinan los roles de género, asignando al hombre el papel de proveedor y a la mujer el del cuidado del hogar y la crianza de los niños (Arriagada, 2001).

⁷ Si bien el aumento de la esperanza de vida ha beneficiado a ambos sexos, este incremento fue mayor entre las mujeres, por lo que la reducción de la mortalidad en edades avanzadas se tradujo en el aumento de la brecha de la esperanza de vida entre los sexos y la feminización de la vejez.

⁸ Los coeficientes de variación de las estimaciones para el NOA y el NEA son elevados, por lo que éstas deben considerarse con cierta cautela. Esta misma circunstancia se presenta siempre que los cruces realizados llevan a tener baja cantidad de efectivos en alguna/s celda/s, sea en referencia a alguna región, o a algún grupo específico (de edad, de condición de actividad, etc.).

⁹ Por ejemplo, para el caso de México, Selby *et al.* (1990) encuentra que los hogares matrifocales no están necesariamente en peores condiciones. Dado que cuentan con menos miembros por hogar no tienen tantos gastos. De acuerdo a su trabajo de campo, los hogares matrifocales en sectores populares de México en muchos casos pueden servir a sus miembros como una organización provechosa y eficiente. Como un ejemplo para Argentina, en Golovanevsky (2000), con datos para el Aglomerado San Salvador de Jujuy – Palpalá para Mayo de 1991 y 1996, se observa que, si bien la pobreza medida por el indicador de necesidades básicas insatisfechas se encuentra levemente sobre-representada en los hogares con jefa mujer, no ocurre lo mismo con la pobreza medida por línea de pobreza. Con respecto a este último indicador, no se observan diferencias significativas entre los hogares pobres y no pobres según sexo del jefe de hogar.

¹⁰ Estas últimas serán enfocadas desde el punto de vista demográfico (es decir, teniendo en cuenta las edades), obviando las tasas de dependencia económica (que se basan en los criterios de población económicamente activa y no activa).

- ¹¹ A las mujeres se las encuentra más frecuentemente en hogares unipersonales debido en parte a la combinación de tendencias demográficas con algunas de las transformaciones que han sufrido las familias a lo largo del siglo XX. El aumento en la esperanza de vida lleva a que crezca la proporción de matrimonios que finalizan por divorcio o separación, y disminuya la proporción de los que terminan por viudez. Debido a su mayor esperanza de vida, la viudez es más común entre las mujeres que entre los hombres. Además, como en general los hombres tienden a formar pareja con mujeres más jóvenes, las mujeres que permanecen divorciadas suelen ser más que los hombres en esa condición. Reuniendo los efectos de la viudez y del divorcio, resulta que con el envejecimiento de las mujeres también crece la probabilidad de su soledad matrimonial. (Jelin, 1996)
- ¹² Al dejar de lado los valores correspondientes al 5% inferior y superior de la distribución se obtiene la denominada *media trimmed* 5%.
- ¹³ En el caso de la ECV-2001 existen preguntas que permiten detectar si el jefe o su cónyuge no son padre o madre de quienes figuran como hijos en ese hogar, pero se ha decidido evitar el uso de esta variable porque podría servir para dar cuenta de algunos casos de familias reconstituidas, pero no de todos los casos posibles.
- ¹⁴ Un problema adicional, en el caso de las encuestas de hogares, surge debido al uso de ponderadores. En general, éstos se redondean por persona y no por hogar, por lo que al expandir los datos pueden dar como resultado más jefes que parejas, o al revés. Si bien lo que interesa son las estructuras relativas, en las cuales esta circunstancia no influye, es un detalle a considerar. Otra cuestión es la identificación de los distintos tipos de familias u hogares, que puede hacerse durante el operativo de recolección o en forma posterior. La primera alternativa tiene la ventaja de poder obtener características más reales, además de la autopercepción de los propios miembros del hogar. Pero el procedimiento es más complejo, requiere más tiempo por cada entrevista y una capacitación más dificultosa. Por lo general, se opta por construir *a posteriori* los tipos de familia, de acuerdo al procesamiento de la información. Este procedimiento, más sencillo desde el punto de vista del operativo de campo, puede plantear problemas de asignación, puesto que no se cuenta con todas las relaciones de parentesco posibles (sólo respecto del jefe) ni tampoco con la autopercepción de los miembros del hogar (quienes pueden o no autodenominarse como familia o pueden considerarse a sí mismos como grupos familiares independientes). Pese a estas desventajas, las tipologías obtenidas en base a este segundo procedimiento, que es el que se utiliza en este trabajo, son bastante aceptables. (Barquero y Trejos, 2004)
- ¹⁵ Otra forma común de resolver esta cuestión en sectores populares consiste en compartir el terreno entre parientes, construyendo viviendas relativamente independientes, pero cuyos residentes realizan en común actividades cotidianas.
- ¹⁶ En particular, Selby *et al.* (1990) documentan para México cómo los hogares basados en familias extensas están en mejores condiciones que los matrifocales y los nucleares, al estar mejor organizados para insertar miembros en la fuerza de trabajo y así generar más ingresos. Según este estudio, los hogares más numerosos y más complejos son los que salen adelante económicamente pues merced a su buena organización pueden mantener bajas proporciones de dependientes a pesar de que haya muchos niños. En general, Selby *et al.* (1990) encuentran que los hogares en mejores condiciones económicas tienen más miembros, más hijos coresidenciales, menos hogares sin hijos coresidenciales, más miembros

en la fuerza de trabajo, más dependientes, pero con menos tasas de dependencia y más migrantes.

¹⁷ La descripción que sigue está tomada de Sala *et al.* (2000).

¹⁸ Esto es confirmado para los países latinoamericanos en su conjunto. Las parejas tienden a unirse con la llegada del primer hijo, tal vez debido a las dificultades para encontrar trabajo y/o vivienda, lo que origina una disminución en la proporción de parejas jóvenes sin hijos. (CEPAL, 2005)

Bibliografía

- ACOSTA, F. y SOLÍS, M. (1998) *Jefatura de hogar e identidad femenina: un análisis de casos de hogares con jefatura femenina en Monterrey, México*. [Internet] Disponible desde <<http://136.142.158.105/LASA98>>. [Acceso el 17 de Marzo de 2006].
- ARRIAGADA, I. (2001) Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo. *Serie Políticas Sociales 57*. CEPAL, Santiago de Chile.
- BARQUERO, J. y TREJOS, J. (2004) Tipos de hogar, ciclo de vida familiar y pobreza en Costa Rica 1987-2002. *Población y Salud en Mesoamérica* [on line] 2 (1), 323-357. Disponible desde <<http://ccp.ucr.ac.cr/revista>>. [Acceso el 14 de Marzo de 2006].
- BURCH, T., ed.; LIRA, L., ed. y LOPES, V., ed. (1976) *La familia como unidad de estudio demográfico*. San José, CELADE.
- BUSSO, G. (2002) Vulnerabilidad sociodemográfica en Nicaragua: un desafío para el crecimiento económico y la reducción de la pobreza. *Serie Población y Desarrollo 29*. CEPAL, Santiago de Chile.
- CEPAL (2005) *Panorama social de América Latina 2004*. Santiago de Chile, CEPAL.
- CHANT, S. (2002) Researching gender, families and households in Latin America: from the 20th into the 21st century [versión electrónica]. *Bulletin of Latin American research*, 21 (4), 545-575.
- FORNI, F. (1982) Análisis de la estructura Ocupacional y los Movimientos Migratorios en la Provincia de Santiago del Estero en la década 70-80. Buenos Aires, CEIL.
- GARCÍA, B. y ROJAS, O. (2001) Recent transformations in Latin American families: a sociodemographic perspective. *XXIV Conferencia General de Población de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población*. Salvador de Bahía, Brasil.
- GELDSTEIN, R. (1996) Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires. En: Wainerman, C., ed. *Vivir en familia*. Buenos Aires, UNICEF / Losada.
- GOLOVANEVSKY, L. (2000) Hogares y población pobres: una caracterización empírica en Jujuy de los 90. *I Reunión Anual sobre Pobreza y Distribución del Ingreso*. Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella.
- (2007) Vulnerabilidad y transmisión intergeneracional de la pobreza. Un abordaje cuantitativo para Argentina en el siglo XXI. Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires. En prensa.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M. (1986) *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. Guadalajara, México, CIESAS y Colegio de Jalisco.
- JELIN, E. (1996) *Familia: crisis y después...* En: Wainerman, C., ed. *Vivir en familia*. Buenos Aires, UNICEF / Losada.

- _ (1998) *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- _ (2005) Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales. Hacia una nueva agenda de políticas públicas. En: Arriagada, I., ed. *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales. Serie Seminarios y Conferencias* N° 46. Santiago de Chile, CEPAL.
- PNUD-PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (1998) *Desarrollo Humano en Chile. Las paradojas de la modernización*. Santiago de Chile, Naciones Unidas.
- RODRÍGUEZ VIGNOLI, J. (2000) Vulnerabilidad demográfica: una faceta de las desventajas sociales. *Serie Población y Desarrollo* N° 5. Santiago de Chile, CEPAL.
- SALA, G.; GOLOVANEVSKY, L. y RAMÍREZ, A. (2000) Pobreza, empleo y ciclo de vida. Un estudio de las familias de San Pedro de Jujuy. En *Documentos de Trabajo* N° 1, Instituto de Investigaciones, Facultad de Ciencias Económicas. San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.
- SELBY, H.; MURPHY, A.; LORENZEN, S.; CABRERA, I.; CASTAÑEDA, A. y RUIZ, I. (1990) *El hogar urbano mexicano. Modos de defensa en época de crisis*. Traducción de *The Mexican Urban Household*. Austin, University of Texas Press.
- TORRADO, S. (1998) *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*. Buenos Aires, EUDEBA.
- VILLA, M. y RODRÍGUEZ VIGNOLI, J. (2002) *Vulnerabilidad sociodemográfica: Viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas*. Santiago de Chile, CELADE / CEPAL.
- WAINERMAN, C. y GELDSTEIN, R. (1996) Viviendo en familia: ayer y hoy. En: Wainerman, C., ed. *Vivir en familia*. Buenos Aires, UNICEF / Losada.

